

## CAPÍTULO XV.

(1864)

Desaliento general que se convierte en alegría.—Entusiasmo en Uruapan.—El general Pueblita.—Reorganización del Ejército.—Rehusa Pueblita el encargo de Gobernador del Estado.—Lo acepta D. Antonio Rodríguez Gil.—Marcha Pueblita sobre Pátzcuaro.—Reseña histórica de esta ciudad.—El ataque.—Son rechazados los liberales.—Efectos del desastre de Pátzcuaro.—Salazar, Gobernador del Estado.—Nombra secretario de Gobierno al Lic. Justo Mendoza.—Reorganizan ambos la administración pública.—Prodigiosa actividad de Salazar.

En todo el Estado se daba como cierto que Caamaño estaba ya con sus tropas del lado del imperio. Al extenderse esta noticia, cundió el desaliento, y los agentes clericales afirmaban que antes de un mes se habría consolidado el nuevo orden de cosas y reinaría la paz, profundamente arraigada.

En Uruapan, la ansiedad era terrible, pues no se tenían noticias exactas de la marcha de la división. La ciudad estaba silenciosa, las calles solitarias. Solamente en el portal de las casas consistoriales se paseaba D. Josecito Hernández, meditabundo, triste, acongojado, sufriendo los tormentos de la duda.

Era la una de la tarde del día 15 (Julio).

Repentinamente oyó el galope de dos caballos que venían por distintos rumbos: uno que desembocaba por la calle de San Francisco y otro que bajaba á todo escape por la de Santiago. Al llegar al portal se apearon los jinetes y cada uno de ellos entregó al coronel Hernández un rollito de papel encerado en lacre. Con mano trémula rompió el sello, y sin disimular su emoción, leyó.....

Sus mejillas se pusieron rojas, sus ojos se avivaron despidiendo rayos de alegría, y miró en torno suyo como buscando á algún conocido.

En aquel instante pasaba por allí una persona, cuyo nombre no hay necesidad de mencionar.

—Licenciadito, dijo el anciano, lo hago á vd. mi ayudante; nos hemos salvado; vaya vd. á la parroquia y diga que repiquen.

Al oír que las campanas soltaban sus lenguas de bronce, con aquella alegría, con aquella sonoridad que tienen las de Uruapan, los vecinos salieron apresuradamente de sus casas. El coronel Hernández les comunicó las noticias; la que procedía de Ario, avisando que Caamaño se había ido solo y que el ejército permanecía fiel, y la otra, participando que á los dos días estaría en la ciudad el general Pueblita con su valiente brigada. ¡El sol de la esperanza se alzaba de nuevo en el cielo de la patria!

Las calles se reanimaron; por todas partes había grupos de gente que platicaba con entusiasmo; en la noche hubo iluminación, abundaron los *puestos* y se verificó una *serenata*.

El día 17 entraron en Uruapan las fuerzas de la antigua división Caamaño; el general Pueblita llegó el día 18, y el 19 se verificó una junta numerosa de jefes superiores, en la que se acordó unánimemente nombrar Gobernador y Comandante Militar del Estado al general D. Manuel García Pueblita.

Este denodado campeón del pueblo era uno de esos hombres en quienes el patriotismo es todo un culto. Valiente, batallador incansable, inteligente y astuto guerrillero, el partido clerical lo odiaba con un rencor profundo, como lo sabe hacer cuando aborrece á alguien; por esto se ensañaba en calumniarlo. Más adelante me ocuparé un poco más de Pueblita; por ahora baste decir que era modesto en alto grado, ajeno al mezquino interés del dinero, leal, franco y comunicativo. Todas estas cualidades no fueron parte á evitar que el partido clerical lo difamara.

Cuando en aquella tarde del 19 de Julio, una comisión de la junta mencionada fué á comunicar á Pueblita su nombra-

BIBLIOTECA ALFONSO DE LA ROSA

miento de Gobernador, el general, enterneado por aquella manifestación de sus compañeros de armas, les dió las gracias por el honor que se le hacía; pero les dijo que de ninguna manera aceptaba el encargo, porque conocía su insuficiencia para desempeñarlo; que él sería el primero en obedecer con gusto á cualquiera otra persona que designara la junta con el carácter de interino, pues que sólo al Cuartel General del Ejército incumbía la facultad de hacer tal nombramiento. Expuso, por último, que tomaría el mando de la división por corresponderle del momento conforme á la Ordenanza militar, á reserva de entregarlo al jefe que fuese promovido por el mismo Cuartel General.

Aquellas palabras eran la expresión humilde, pero sincera y firme, del general Pueblita. La junta, en consecuencia, avisó al General en Jefe del Ejército del Centro, D. José María Arteaga, el estado de acefalía del Gobierno de Michoacán, y entretanto, nombró Gobernador provisional á D. Antonio Rodríguez Gil, á quien hemos conocido de secretario de Caamaño.

Rodríguez Gil era un hombre vanidoso, incapaz de desempeñar un cargo de importancia. Adrede se refería de él que, interpelado una vez sobre su programa político, contestó: "Me reservo mis opiniones y mis procedimientos," opiniones y procedimientos que, en efecto, quedaron reservados para siempre. Por lo demás, la frase se divulgó, sirviendo para denotar la nulidad de talento en alguna persona.

En virtud de los acuerdos de la junta, pudo Pueblita ponerse inmediatamente en campaña. La división se componía entonces de los dos mil hombres y las doce piezas de montaña que sacó de Uruapan Caamaño, de quinientos que constituían la brigada Pueblita, y de otros tantos que se hallaban en Ario á las órdenes de Eguiluz.

El general dejó en Uruapan como seiscientos hombres, y con el resto marchó sobre Pátzcuaro, dando orden á Eguiluz para que á las ocho de la mañana del día 24 estuviese con su tropa al frente de dicha plaza.

Antes de entrar en materia, haré una ligera reseña de la ciudad de Pátzcuaro.

En los días de la conquista, en que Cristóbal de Olid invadió por orden de Hernán Cortés el reino de Michoacán, Pátzcuaro era una ciudad de recreo de los emperadores tarascos. El desventurado Tzimtzicha (el Caltzontzin que reinaba en aquella época), después de haber estado oculto en Uruapan, por temor á los españoles, malaconsejado y no pudiendo vencer su pusilanimidad, se rindió humildemente á aquel capitán, saliendo á encontrarlo á orillas de Pátzcuaro, en el sitio en que está la capilla llamada "El Cristo," lugar que fué conocido desde entonces con el nombre de "El Humilladero,"<sup>1</sup> por la indigna sumisión del monarca.

Desde los primeros días de la conquista (1522), el venerable padre franciscano Fr. Martín de Jesús fundó en Pátzcuaro un convento de su orden, dedicándose los frailes, con todo celo, á la evangelización de los indios.

El obispo Quiroga llegó á Michoacán, con su carácter de prelado, en 1537, y viendo que la ciudad de Tzintzuntzan era muy sombría y falta de aguas manantiales, trasladó á Pátzcuaro la silla episcopal en 1540, "por haber en este último lugar muchos nacimientos de agua y estar más descubierto el paisaje, tanto á la salida del sol como á su puesta, por lo que es su cielo más alegre. Muy pronto la nueva corte episcopal llegó á tener treinta mil vecinos y se consideró como la metrópoli michoacana."<sup>2</sup> En cédula de 28 de Febrero de 1534, Tzintzuntzan recibió de Carlos V el título de *ciudad de Michoacán*, y el mismo monarca, á solicitud del obispo Quiroga, concedió á Pátzcuaro, en 20 de Junio de 1553, escudo de armas para ennoblecerla.

La primera catedral fué el templo que hoy se llama de la Compañía; pero poco después comenzó D. Vasco á edificar en la parte alta de la ciudad la suntuosa basílica con que quería dotar á su diócesi: su proyecto era el de un templo colosal, con cinco naves en forma de mano, aisladas una de otra, de tal modo, que las gentes que estuvieran en una no pudie-

<sup>1</sup> Villaseñor. "Teatro Americano."

<sup>2</sup> Basalenque. "Historia de la provincia de San Nicolás Tolentino."

sen ver á las de las otras. Llegó á España la noticia de la fundación de esta nueva Babel, y el emperador ordenó que se suspendiera la obra, dando así un golpe á la vanidad del obispo michoacano. Unicamente llegó á cerrarse, no con bóveda, sino con artesonado de madera, la nave de en medio, cuya capacidad es tal, que puede contener tres mil personas.

Para subir á la torre tenía unas escaleras de caracol construídas tan artificiosamente, que por una de ellas se subía y por la otra se bajaba, sin que pudiesen verse las gentes que las ocupaban. En el pueblo comenzó á decirse que aquel monumento era obra del diablo (¡pobre D. Vasco!), y en 1846, el cura párroco y algunos vecinos piadosos mandaron derribar los soberbios caracoles que no tenían rival en la República, lo que el canónigo D. José Guadalupe Romero califica de acto de barbarie.<sup>1</sup>

En Pátzcuaro, y en el antes citado año de 1540, fundó el obispo Quiroga el colegio de San Nicolás que se unió después al de San Miguel, establecido desde mucho antes en Guayángareo (después Valladolid y hoy Morelia) por el venerable Fr. Juan de San Miguel.

Los frailes agustinos, por orden del venerable Fr. Alonso de la Veraacruz, fundaron en 1576 un convento de su religión, sujeto al priorato de Tiripitío.

En el mismo año se establecieron en Pátzcuaro los padres jesuitas, siendo su casa la segunda de la América, pues la primera se había establecido poco antes en la ciudad de México. De advertir es que el ilustrísimo D. Vasco fué el primero que pensó traer este rico presente de humildad, de abnegación, de desinterés, de ninguna hipocresía y de ningún afecto terrenal, á la tierra descubierta por Cristóbal Colón. El sitio en que se levanta en Pátzcuaro el edificio de la Compañía, es el que lo había sido del templo mayor en tiempo de la gentilidad, según afirma el padre Alegre: de modo que aquel lugar estuvo destinado primero á mansión de los demonios y después de los jesuitas.

Cuando llegaron éstos á Pátzcuaro, gobernaba á Tzintzun-

<sup>1</sup> Estadística del Obispado de Michoacán.

tzan y sus dependencias D. Pablo Huitziméngari, nieto del último Caltzontzin: no tenía más hijos que el llamado D. Pedro, único en quien pudiera seguir la progenie de los reyes tarascos. Los jesuitas lograron hacer entrar á su orden al joven heredero de aquellos dominios, y en él se extinguió la antigua familia reinante de Michoacán. Sus cuantiosos bienes, como era natural, pasaron á poder de la desinteresada Compañía.

A mediados del siglo XVII fundaron convento de su orden los religiosos de San Juan de Dios, estableciendo un hospital, según los estatutos de su religión.

Finalmente, en 1748 se fundó una casa de monjas Catariñas, contigua al Santuario de Nuestra Señora de la Salud. Llegó á tener este convento hasta sesenta profesas y mayor número de niñas educandas, que en su mayor parte renunciaban al mundo para mayor honra y gloria de Dios.

Contiene la ciudad en su recinto más de doce templos consagrados al culto, siendo de notar que todos ellos funcionan en la actualidad, á pesar de que la población no excede de seis mil habitantes.

Pátzcuaro encierra notabilidades en materia de religión.

La imagen de Nuestra Señora de la Salud está hecha de médula de la caña de maíz batida hasta formar pasta. La construyeron unos escultores indígenas, de orden de D. Vasco de Quiroga. El mismo prelado la bendijo é hizo grabar en el cuerpo las palabras "*Salus infirmorum.*" Se le atribuyen prodigiosos y continuados milagros, y acerca de muchos de ellos escribió un libro el padre jesuita Pedro Sarmiento. La Virgen de la Salud es muy venerada en todo aquel país.

En el convento de San Francisco existe un cuadro pintado en una pared. No obstante datar de la época de la conquista, esta pintura se conserva en muy buen estado y es una obra de arte. Representa al sublime asceta de Asís, con los ojos marchitos de tanto llorar y elevados al cielo, las heridas manando sangre y los brazos extendidos: dos frailes le acompañan y un papa está de rodillas á sus plantas. Este cuadro fué encontrado, no há muchos años, en una de dos paredes que estaban adheridas la una á la otra, en donde permaneció oculto por espacio de más de tres siglos.

En Pátzcuaro se conservan muchas tradiciones relativas al Sr. Quiroga. Una es la de que con un golpe de su báculo hizo brotar el agua potable de la ciudad, motivo por que la veneración común logró que se pusiese en el golpe de las aguas una ara consagrada, que subsiste todavía, después de trescientos años. Más necesitaban los de Tzintzuntzan de este milagro que no los de Pátzcuaro, pues que, precisamente por haber en este lugar muchos nacimientos de agua, se decidió D. Vasco á trasladar allí la sede episcopal.

La ciudad guarda con veneración los restos del tantas veces referido obispo, y el sombrero que usaba, hechura de los indios de Nurío.

Pátzcuaro posee también una campana consagrada por la mano del mismo Sr. D. Vasco de Quiroga, y cuyo tañido sirve para disipar las tempestades y para hacer cesar los temblores.

Volviendo ahora á la famosa parroquia, diré que con el transcurso del tiempo fué deteriorándose por los temblores, hasta que se desplomó en el terremoto de 7 de Abril de 1845, y reedificada por los vecinos, volvió á destruirse á causa del temblor de 19 de Junio de 1858.

En una población así, tan llena de monumentos y de recuerdos religiosos y heráldicos, es natural que los habitantes sean y hayan sido siempre partidarios del antiguo régimen, si bien es justo manifestar que, en lo general, han abrigado sentimientos humanitarios. Debo hacer especial mención de las señoras, cuya alma piadosa y corazón sensible son reconocidos en Michoacán, y de grata memoria para los desvalidos.

Pátzcuaro dejó de ser la capital de la provincia de Michoacán por decreto de 25 de Diciembre de 1575, dictado por el virrey D. Martín Enríquez, quien mandó que las autoridades se trasladasen á Valladolid. Este fué el origen de la rivalidad entre patzcuareños y vallesolitanos, rivalidad que no se ha extinguido en tres siglos.

Durante el Gobierno colonial no registra la historia ningún hecho notable acaecido en Pátzcuaro. La existencia se deslizaba allí tranquila y con cierto bienestar, merced á la situa-

ción del lugar, rodeado de pueblos productores, y gracias también á que residían allí los ricos propietarios de las mejores haciendas de la tierra caliente de Michoacán. Desde la guerra de insurrección, y después, en el largo período de nuestras revoluciones, muchos de aquellos hacendados fueron á radicarse á Morelia, Guanajuato, México y otras grandes ciudades de la República, huyendo de los préstamos forzosos y de otras tropelías, no siendo pocos los que por las mismas causas quedaron allí completamente arruinados. Por tal motivo, la ciudad ha ido decayendo hasta llegar al estado lastimoso que hoy guarda, cuando podía ser la población más pintoresca de la tierra mexicana por su espléndido lago, por lo quebrado del sitio en que se alza, por los bosques profundos y las altas montañas que la rodean, así como por su clima dulce, bienhechor y propicio á la salud. El día en que los rayos de la libertad despierten del marasmo de las antiguas ideas á los habitantes de Pátzcuaro, será el principio de una encantadora metamorfosis.

Mirándola bajo otro aspecto, la ciudad ha sido el baluarte de los Gobiernos reaccionarios de Michoacán, el punto avanzado de Morelia sobre los revolucionarios. Depende esto de que, situada á corta distancia de la capital del Estado, recibe de ella pronto y eficaces auxilios. Y como además es un centro de donde parten los caminos para Tacámbaro, Ario, Taretan, Uruapan, Apatzingán, Zacapu, Quiroga y Coeneo, lugares todos que han sido campamentos de los liberales, de Pátzcuaro se pueden enviar expediciones para aquellos rumbos; de allí salían tropas para dar *albazos* ó para acudir en auxilio de las guarniciones. Han favorecido esta actitud de la plaza, su situación como centro de aquella gran zona y las opiniones políticas de sus habitantes. Los patzcuareños, además, han sido siempre hombres valientes y decididos.

¿Podemos considerar á Pátzcuaro como una plaza militar? De ninguna manera, si las fuerzas que la atacan están provistas de artillería de batir. La ciudad está rodeada de alturas: por el Oriente se alzan las lomas de San José; por el Sur se eleva el fragoso pedregal; por el Poniente el cerro del Calvario, y por el Norte el Colorado, que dominan no sólo la ciu-

dad, sino los caminos que convergen á ella. Con razón un comandante de zuavos escribía: "La palabra agujero nunca ha sido tan merecida como aplicada á Pátzcuaro, pues para llegar á ella es preciso bajar, cualquiera que sea el camino que se lleve."

Mas por la misma razón, si se trata de un asalto en esa ciudad erizada de templos y que se asienta en un terreno fuertemente quebrado, las ventajas todas están del lado de los defensores, pues por donde quiera que se trate de penetrar, los asaltantes tendrán que sufrir fuegos cruzados.

Esta era la plaza que se propuso atacar el general Pueblita, buscando, por su parte, un centro más adecuado para las operaciones de la campaña, y á fin de espiar una oportunidad para apoderarse de Morelia, sueño dorado de nuestras tropas.

El 22 de Julio salió de Uruapan la expedición. El 24 amaneció en el Calvario, á las goteras de Pátzcuaro.

Los espías que se habían enviado á la ciudad regresaron á avisar á Pueblita que el enemigo no había sentido su movimiento de aproximación, y que además, la tropa, sin parque, estaba formada para asistir á misa, pues era domingo. En consecuencia, era posible una sorpresa, y el general, sin esperar á Eguiluz, dispuso desde luego el ataque.

La fuerza de Pueblita se componía de pequeños cuerpos de infantería, entre ellos el batallón Matamoros, que tenía por coronel al mismo general, pero á las inmediatas órdenes del comandante Genaro Román. Los demás estaban mandados por el coronel Méndez Cardona, por el teniente coronel Leonides Gaona y por los comandantes José Vicente Villada y Maximiano Rocha. La caballería estaba formada de "Lanceros de la Libertad," su coronel Eugenio Ronda; del escuadrón "Lanceros de Toluca," á las órdenes del coronel Manuel García; de otro pequeño cuerpo que mandaba el teniente coronel Espiridión Trejo, y de la fuerza de Guanajuato, al mando del coronel Francisco Hernández (a) *Cantaritos*. Era jefe de la artillería el comandante Zavala, y mayor general de la división el coronel José María Méndez Olivares.

El general D. Luis Tapia mandaba la guarnición de la plaza. Se componía ésta de ochocientos hombres del 1<sup>er</sup> batallón de la división Márquez, á las órdenes del teniente coronel Luis Madrigal; cuatrocientos del 3<sup>er</sup> batallón; seiscientos de auxiliares de Pátzcuaro, al mando del teniente coronel Sabás Fernández; una batería de cañones rayados; ciento cincuenta jinetes de las contraguerrillas de Magdalena del Río, de José María Orozco y Camilo Pureco, y más de seiscientos vecinos que se presentaron á la defensa.

No fueron tan rápidos los preparativos del asalto que los de la guarnición no alcanzasen á apercibirse al combate. Desde luego se organizó la defensa: la artillería y el 1<sup>er</sup> batallón cubrieron las trincheras, los vecinos coronaron las alturas y el 3<sup>er</sup> batallón y las contraguerrillas formaron la reserva.

Como puede verse, la guarnición contaba un efectivo de hombres superior al de los asaltantes.

Pueblita, con el valor, con el ímpetu que eran en él proverbiales, se arrojó sobre las fortificaciones. Eran las siete de la mañana.

Tres horas duró el ataque por diversos puntos de la ciudad. Las tropas del imperio se defendían con una disciplina admirable; los vecinos de Pátzcuaro hacían un fuego certero; las calles, en el exterior de los atrincheramientos, estaban regadas de cadáveres; la artillería, de ambas partes, no cesaba de lanzar granadas y botes de metralla. El fragor del combate se repercutía sordo y continuo en los montes cercanos.

Se oían los gritos de los combatientes provocándose con verdaderas blasfemias que inspiraba el odio. En medio de aquel vocerío espantoso, se distinguía el acento agudo y afeinado de Higinio Mondragón, dirigiendo insultos personales á Pueblita y á los demás jefes del ataque.

Entretanto, la reserva de los imperialistas permanecía inactiva, situada en las calles altas del Oriente y Sur de la ciudad, por donde debía llegar el coronel Eguiluz, á quien se le habían enviado diversos correos á fin de que acelerase la marcha.

No viéndolo aparecer, Pueblita hizo un supremo esfuerzo. Destacó á Méndez Cardona y á Gaona sobre el Tercer Orden,

con la instrucción de tomar este edificio, mientras que Villada asaltaba la trinchera de San Francisco. Genaro Román, con la mitad de su batallón, avanzando por la calle del Santuario, tomó el reducto fortificado del *cerrito de Acha*, distante ochenta metros de la plaza principal de la población. Pueblita con el resto del batallón Matamoros, y Rocha con el que era á sus órdenes, apoyaban á aquellas tres columnas, haciendo uso incesante de la artillería.

El éxito estaba á punto de coronar sus afanes, cuando apareció la reserva, situada como he dicho en la parte alta de la ciudad, por donde debía presentarse Eguiluz. Libre de todo amago, el 3º batallón del imperio se lanzó hacia el reducto de San Francisco, rebasó los fosos y dió una brillante carga sobre los soldados de Méndez Cardona, de Villada y de Gaona, casi ya dueños de las trincheras. Las columnas republicanas se retiraron ante aquel ataque brusco, hecho por tropas de refresco. Se dejaban en poder del enemigo cinco piezas de artillería; pero observado esto por Gaona, volvió con sus guardias nacionales y logró recobrar una de ellas.

En el mismo tiempo cargaron impetuosamente sobre la pequeña fuerza de Genaro Román las contraguerrillas y un piquete de infantería de los imperiales. El jefe liberal sostuvo largo rato el combate, y observando que nadie acudía en su auxilio, retrocedió paso á paso, haciéndose respetar del enemigo.

El ataque había fracasado. Pueblita se retiró, dejando treinta y dos muertos, como sesenta prisioneros, cuatro piezas de artillería, más de cien fusiles y considerable cantidad de pertrechos de guerra. Fueron muchos los dispersos y no pocos los heridos.

En el Calvario, y á la vista del enemigo, se reorganizaron los restos de la división que apenas llegaba ya á mil cuatrocientos hombres. En aquel momento, las once de la mañana, aparecía Eguiluz por el camino de Ario y tomaba posiciones cerca del edificio de la Compañía. Era ya imposible un segundo ataque. La tropa de Pueblita estaba fatigada, sin parque y perdida la moral, en tanto que la guarnición de Pátzcuaro estaba justamente orgullosa de su victoria, si bien su

jefe, el general Tapia, no había recobrado enteramente la confianza. Sus subalternos le instaban á que saliese en persecución de los liberales; él se contentó con enviar sobre ellos á las contraguerrillas.

Los ciento cincuenta jinetes salieron de Pátzcuaro y se dirigieron al Calvario seguidos de dos compañías del 3º batallón, al mando de su comandante. Pueblita los dejó acercar, y en el momento oportuno, lanzó sobre ellos la caballería de Toluca, á la cabeza de la cual iba el comandante José María Ménez. El encuentro fué espantoso; por una y otra parte se trabó un verdadero combate de chinacos, en que las lanzas quedaron tintas de sangre. La infantería del imperio estaba imposibilitada de obrar, por no hacer fuego sobre sus compañeros de armas. De repente aquella confusa masa de combatientes se arrojó sobre los infantes del 3º batallón. Los nuestros habían triunfado y *echaban en corrida* al enemigo, arrollando la infantería y haciéndola participar de la derrota. En esa acción quedó mortalmente herido el comandante del 3º batallón del imperio, y prisionera la primera compañía.

Este suceso aumentó la desconfianza del general Tapia, quien en su parte oficial á la Comandancia superior de Morelia, decía:

“Son las doce del día, y las armas del Imperio acaban de triunfar de la horda de bandidos que intentaban posesionarse de esta plaza: el enemigo, en número de dos mil hombres y trece piezas, rompió sus fuegos á las siete de la mañana, pero tuvo que emprender una vergonzosa fuga ante el valor de una columna del 3º batallón de línea que salió á impedir que colocaran sus piezas en el punto que intentaban.

“Han quedado en nuestro poder cinco piezas, multitud de fusiles, parque, equipo y sesenta y siete prisioneros, hasta este momento en que me ocupo de levantar el campo. Es de lamentarse la grave herida que ha recibido el Señor Comandante del 3º batallón, quien probablemente sucumbirá. Oportunamente daré á vd. el parte detallado, entretanto sírvase elevar lo expuesto á conocimiento del E. S. General en Jefe para su conocimiento y satisfacción.

“Recomiendo á vd. que la infantería que debe venir á ésta,

*redoble su marcha*, á fin de evitar que el enemigo pueda rehacerse. Todos han cumplido con su deber, y *la población entera* ha tomado parte con un entusiasmo y decisión que la honra en este nuevo triunfo.—*Luis Tapia.*”

Las pérdidas de los imperialistas fueron también considerables. No lo dice Tapia, pero en aquellos días se aseguró que su baja fué de más de doscientos, entre muertos y heridos.

Por sabido se calla que una gran parte de nuestros prisioneros fueron fusilados en masa.

En la tarde, todo había vuelto á quedar tranquilo en la hermosa ciudad del lago.

La derrota de Pueblita causó profundo desaliento en el campo liberal, en donde día á día iban disminuyéndose nuestras fuerzas. Como sucede siempre después de un desastre, se multiplicaban los comentarios. Era voz general que el coronel Manuel García, jefe de los “Lanceros de Toluca,” de acuerdo con Márquez, había inducido á Pueblita á dar el ataque de Pátzcuaro para que sufriese allí un descalabro completo. Hablábbase de que Eguiluz disolvería su fuerza y se alejaría del teatro de la guerra. Se rumoraba aún que Ronda y otros jefes de Coeneo estaban comprometidos con D. Antonio Huerta, y que en consecuencia aquella importante zona de Zacapu caería definitivamente en poder del imperio.

De esta situación se aprovechaban los agentes secretos del imperio para recorrer las poblaciones, introduciendo el desaliento y procurando fomentar el espíritu de la defección.

Soplaba un viento de tristeza y desconfianza.

D. Antonio Rodríguez Gil seguía reservándose sus opiniones y sus procedimientos. A su lado levantaba la cabeza la ambición del mando, y se intrigaba por algunos para apoderarse del Gobierno y explotar sus postrimerías.

Pueblita, enemigo de este juego mezquino, abandonó á su propia suerte á los politicastos, y pocos días después de su regreso á Uruapan marchó con su pequeña fuerza á expedicionar en los Estados de Guanajuato y Querétaro, siguiendo

su táctica de una movilidad incesante para fatigar al enemigo y sorprenderlo y batirlo.

La derrota de Pátzcuaro no sólo produjo los efectos de que acabo de hablar, sino que, en virtud de la acefalía de hecho que reinaba en Michoacán, la división quedó reducida á menos de ochocientos hombres, en tanto que el imperio tenía en Morelia, Maravatío, Puruándiro, La Piedad, Zamora y Pátzcuaro, un efectivo de más de cinco mil plazas, á las órdenes de D. Leonardo Márquez. Con excepción de Uruapan, ocupaba las poblaciones más importantes del Estado.

Todo hacía creer que el partido liberal caminaba rápidamente á la decadencia.

En aquellas circunstancias (26 de Julio) llegó á Uruapan el general Carlos Salazar, á quien Arteaga había nombrado Gobernador y Comandante Militar de Michoacán.

Se tenía el concepto de que Salazar era un soldado valiente; pero siendo poco conocido en cuanto á sus aptitudes para el mando civil, los ambiciosos hallaron medio de hacer recaer sobre su conducta graves sospechas, atribuyéndosele que, por sus ligas con Uraga y Caamaño, no sería difícil que siguiera el ejemplo de éstos. Los politicastos se reunieron en junta con la resolución de desconocerle. Por fortuna para los intereses de la República, uno de los citados á aquella reunión fué el Dr. Leonides Gaona, patriota intachable y de cuya lealtad nadie dudaba. Gaona conocía íntimamente á Salazar, desde que éste, herido en el ataque de Morelia, había tenido á aquél como médico de cabecera. Pues bien, Gaona manifestó que Salazar era digno de toda confianza, intransigente con el enemigo, hombre de valor y de talento, y que además era un deber de los buenos michoacanos aceptar como Gobernador al que legítimamente se presentaba nombrado por quien correspondía. Si las palabras de Gaona no fueron un argumento del todo convincente para los individuos de la junta, al menos bastaron para que cesase su oposición, influyendo no poco en este ánimo ver que la tropa aclamaba con entusiasmo á su nuevo General en Jefe.

En las primeras horas de la noche de aquel mismo día, Salazar y Gaona se dirigieron á la casa del que escribe estas lí-

BIBLIOTECA ALFONSO GARCÍA  
MEXICO

neas, buscando al Lic. D. Justo Mendoza, uno de los liberales más distinguidos y abnegados de Michoacán. Salazar le dió un abrazo, y sin preámbulos le dijo que lo había nombrado Secretario de Gobierno, porque quería rodearse de hombres de reconocido saber y patriotismo. Larga fué aquella conferencia, íntimas las expansiones de cariño, ardientes las promesas de luchar sin descanso contra el imperio, y amplio el programa de la administración. Mendoza, reservado al principio, fué poco á poco convenciéndose de la sinceridad de sentimientos de Salazar, vió en éste á un luchador infatigable y á un hombre de patriotismo puro y ardiente. Aceptó el encargo, quedando constituido el Gobierno con Salazar como Gobernador; con Mendoza como Secretario del Despacho; el Lic. Manuel A. Mercado como Oficial mayor; al frente de la secretaría particular, José Felipe Cortés, y Comisario general del Estado el teniente coronel Narciso Garcilaso.

Al día siguiente se expidió una ley restableciendo las Prefecturas, los Juzgados y los Ayuntamientos, suprimidos, como he dicho, por disposición de Uraga. Es aquí oportuno decir que, con la corta interrupción expresada, las autoridades municipales funcionaron en Michoacán durante toda la campaña, en los lugares ocupados ó que ocupaban transitoriamente los republicanos; sus fondos especiales no fueron distraídos de su objeto, y más bien, á veces, el Gobierno les ayudaba para que llevasen á cabo algunas mejoras de importancia administrativa ó de mero ornato. Los presidentes de los ayuntamientos eran el órgano de comunicación entre las fuerzas y los particulares, resultando de aquí que los pueblos estaban garantizados contra las arbitrariedades de los militares. La administración de justicia funcionaba regularmente y los tribunales estaban siempre expeditos. Y digno de consideración es el hecho de que nuestras autoridades actuaban, hubiera ó no fuerzas liberales en las poblaciones no ocupadas por el enemigo, mientras que los empleados del imperio, muchos de ellos compelidos por la fuerza á aceptar el encargo, sólo lo desempeñaban habiendo en el lugar alguna guarnición, y huyendo con ella cuando la población era abandonada por la tropa.

En cuanto al ramo de guerra, como era natural, quedó al cargo exclusivo de Salazar, y á este propósito me acuerdo que el día 6 de Agosto, el general pasó revista en la plaza de Uruapan á la división, reducida entonces á ochocientos hombres, y no se me olvida que Manuel Mercado y yo vimos llegar al general montado en su arrogante caballo tordillo que se llamaba el "Recuerdo," que se colocó enfrente de la línea que estaba en orden de parada, y con voz clara, fuerte y marcial, arengó á los soldados en los siguientes términos que ha conservado mi memoria:

"Soldados del pueblo: — Acabáis de sufrir una derrota ante la superioridad numérica del enemigo; pero cualesquiera que sean las vicisitudes de la guerra, vuestro compañero Carlos Salazar, contando con valientes como vosotros, no soltará jamás de las manos las armas de la patria. Peleando hemos de derrocar al imperio; vosotros mismos lo decís siempre, "México, perdiendo gana; si no es hoy será mañana." Si nos toca morir en el campo de batalla, será arrancando con las uñas el corazón á los traidores.

"Con vosotros, compañeros de armas, que formáis la tropa de línea, soy el último de los soldados, el más sumiso á la Ordenanza, y con vosotros, valientes y atrevidos guerrilleros, soy el primero de los *chinacos* que pelean con los ojos cerrados y el corazón despierto.

"Y os juro á todos que Carlos Salazar os acompañará siempre en el peligro, y os estrechará la mano cuando nuestros clarines toquen diana, anunciando la victoria!"

Así era Salazar. Le gustaba hablar á su tropa con palabras que entendían los soldados: sabía electrizarlos con el fuego de sus ojos y con el entusiasmo que brotaba de su pecho.

Desde luego entró en actividad. Llamó de nuevo al servicio al general Régules, ordenándole que pusiera en alta fuerza la brigada de Eguiluz, disponiendo de los recursos de Ario y de Tacámbaro. Envió á Villada rumbo á los Reyes para que cubriese aquel puesto avanzado hacia Zamora, al mismo tiempo que para que integrase su batallón. La presencia en los Reyes de una fuerza nuestra era tanto más necesaria, cuanto que en aquellos días el jefe imperialista Carriedo ha-



bía derrotado, dejándolo muerto, al general D. Antonio Ortíz que cubría el punto. A Ronda, que figuraba como segundo en jefe de Garnica, lo autorizó para que formara un cuerpo á su exclusivo mando. El coronel Hernández (Cantaritos) recibió orden de salir á expedicionar por el Bajío; Gil Abarca, con los restos del batallón que antes mandaba Méndez Cardona, se dirigió á Apatzingán á aumentar su fuerza. En Uruapan quedó con el mismo objeto y nombrado Prefecto del Departamento, el coronel D. José María Hernández.

Todos estos jefes trabajaron con empeño en cumplir sus respectivas comisiones, que llenaron con éxito, excepción sea hecha de *Cantaritos*, quien apenas pisó el territorio de Guanajuato, cuando el 13 de Agosto fué batido en Yuriria, y el 17 sufrió una sorpresa en el rancho del Rodeo por una partida de franceses. Cantaritos murió en el combate y su guerrilla desapareció por de pronto, reuniéndose más tarde los soldados que la formaban y poniéndose á las órdenes de Agustín García que heredó el apodo de Hernández.

En todas partes se reclutaba gente, se adquiría armamento, se construían el parque y el vestuario.

Antes de un mes, la primera división, al mando de Régules, tenía más de mil hombres, y la segunda, á las inmediatas órdenes de Salazar, contaba con mil quinientas plazas. De nuevo, pues, el Ejército Republicano de Michoacán tomaba la iniciativa, expedicionando por los lugares ocupados por el enemigo y haciéndose allí de recursos. Los pueblos recobraban la esperanza de que la patria se salvaría.

## CAPÍTULO XVI.

(1864)

Episodios en Zitácuaro.—Riva Palacio ejerciendo el patronato real.—El cura González.—Una sorpresa.—Una joven zitacuarensa.—Los zuavos, jinetes en mulas.—Situación angustiada de las familias de Zitácuaro.—Fuga de los imperialistas.—El cura de Santo Tomás.—Los dos volúmenes de una obra.—La biblioteca entera.—Las dos ediciones de la obra.—Peligro de una escisión entre Riva Palacio y Salazar.—Cobro de contribuciones y peligros á que estaban expuestos los comisionados de Hacienda.—Resistencia en Queréndaro.—Acciones de la hacienda de Ayala y del puerto de Medina.—El prisionero Becker.—Su canje.—Una carta del general Arteaga.—Pliegos interceptados al enemigo.

Mientras se verificaban estos sucesos en el centro y Sur de Michoacán, en el Oriente el general Riva Palacio adquiría mayor prestigio con sus últimos hechos de armas, siendo notable el incremento que iban tomando sus fuerzas. Ni lo desmoralizó la noticia que por todas partes circulaba de la defección de Caamaño con las tropas de su mando: y como al referirse aquel acontecimiento se agregaba que solamente habían logrado salvarse de la catástrofe las fuerzas de Eguiluz y las del coronel D. José María Hernández, el general Riva Palacio escribió á estos dos jefes invitándolos á que se le unieran para seguir combatiendo. Ambos contestaron rectificando la noticia y manifestando que, en consecuencia, no les parecía conveniente separarse de las fuerzas en que estaban militando, ni menos en los momentos en que la división acababa de sufrir un golpe rudo en el ataque de Pátzcuaro.